

## TEATRO

### Blancanieves: un "musical" político

Así es nuestro teatro infantil. Un teatro de los domingos por la mañana o de las vacaciones escolares. Es decir, un teatro que merece la consideración de los adultos en los días en que no saben qué hacer con los niños. Excepciones a la norma existen, asentadas en iniciativas privadas, como es el caso de la notable compañía U de Cuc, de Barcelona, o con fuerte subvención pública, como sucede con la nueva compañía de Rinconete y Cortadillo, que dirige José María Morera. Algunos otros ejemplos, las más de las veces abnegados, también podrían citarse, pero es evidente que entre nosotros no existe el teatro infantil como una práctica cotidiana e ininterrumpida, integrada al desarrollo y la expresión de los niños. Dicha práctica, paralelamente a una serie de connotaciones sociales, supone, en el orden técnico, el desarrollo de una experiencia, a través de la cual se va decantando el tipo de lenguaje que mejor conviene a la sensibilidad y a la cultura infantiles.

A falta de esta continuidad —debidamente alimentada por la colaboración de sociólogos, pedagogos, psicólogos, escritores,

músicos, escenógrafos y hombres de teatro—, es evidente que, ante cada propuesta escénica destinada a los niños, se abre la penosa alternativa de reincidir en los moldes tradicionales o de lanzarse al vacío.

Esta es —sin entrar en el tema, que es distinto, de los juegos dramáticos— la situación real. Y "Blancanieves y los siete enanitos gigantes", de Jesús Campos, tiene a su favor —en esta nueva racha favorecida por las vacaciones de Navidad— de optar claramente por la indagación y la aventura.

En un orden general, el que Jesús Campos, ganador del último Premio Lope de Vega estrenado en el Español —inmediatamente antes del incendio del local—, haya vuelto a los escenarios madrileños con una obra como ésta es ya un síntoma del desvaído papel del teatro entre nosotros. Y no porque en el pasar de aquella obra a ésta exista ningún "descenso" automático, sino por lo que hay de ruptura, de falta de apoyo y de exigencia social hacia un autor que comparece como si fuera totalmente nuevo, pese a contar con una producción extensa, a menudo premiada, y, en una ocasión, incluso estrenada en el que era tenido por primer coliseo madrileño, con el espaldarazo del Premio Lope de Vega.

De esta "Blancanieves y los siete enanitos gigantes" podrían decirse muchas cosas, a partir ya de la peligrosa indefinición

—muy propia del subdesarrollo de nuestro teatro infantil— que supone plantear "un espectáculo musical para mayores y para menores" eludiendo así problemas fundamentales en la elaboración del lenguaje. Como espectadores nunca acabamos de saber si el autor pretende hacernos un guiño, invitándonos irónicamente a la manipulación de ciertos mitos infantiles, o si, realmente, espera que los niños entiendan sus claves. Lo cual, en alguna medida, hace difícil el juicio, por cuanto nosotros, los adultos, deseáramos que muchas escenas —y en particular, la mayor parte de los números musicales— se quedarán en el apunte, mientras que un público infantil tal vez necesite su desarrollo. Es el caso, sobre todo, de la alegoría política que Campos nos propone. Según ésta, los enanitos no eran tales, sino verdaderos gigantes, a quienes la Reina —el Poder— hizo crecer durante cuarenta años que eran lo primero, amedrentándoles y destruyendo así cualquier capacidad de resistencia. El final de la obra sancionará la liberación de los falsos enanos y la muerte de la Reina.

¿Cómo explicitar un esquema así? Es evidente que para los adultos bastarán unas pistas, mientras que el público infantil necesitará una formulación mucho más nítida —sometido como está, además, al peso del mito—, con lo que, a fin de cuentas, aparecerá la necesidad de dirigirse claramente a un nivel u otro de espectadores. El que, por ejemplo, Campos llame manzana, según el cuento original, a un aparato de televisión, ante el que se adormece Blancanieves, es un hallazgo ingenioso que no sé si entenderá un público infantil; por razones opuestas, la clarificación de la alegoría política en las escenas finales es demasiado prolija para un adulto... De esta indefinición de los destinatarios —otra cosa es que un público adulto, como tal, se interese por un lenguaje teatral claramente dirigido a los niños— surgen una serie de contradicciones, entre ideas brillantes, escenas ingeniosas, imágenes audaces y muchos momentos sometidos a un valor estrictamente ilustrativo.

Por lo demás, la realización es también muy desigual. Y junto a

hallazgos rítmicos y visuales estupendos —como, por ejemplo, la entrada de la Reina o la irrupción de los enanitos— existen soluciones, en especial las sonoras y las coreográficas, muy discutibles, en gran medida porque los niveles de producción real, los medios y las condiciones, eran muy inferiores a los que una comedia musical exige. El playback, sobre todo —aun aceptando los problemas imprevistos que surgieron la noche del estreno—, acabó siendo, como tantas veces, un auténtico boomerang.

■ J. M.

"Blancanieves y los siete enanitos gigantes", de Jesús Campos.

